

más breves; lo que se pierde en sangre se gana en tiempo, y la sangre no ha sido nunca más que sangre, y el tiempo ya es oro.

Hemos llegado á la perfección auténtica de la guerra.

Cien mil cadáveres franceses y prusianos tendidos á las orillas del Rhin, dan precisamente en estos momentos testimonio de esta perfección gloriosa.



PENSAMIENTOS SUELTOS

I.

No sé si podemos ser á un mismo tiempo testigos y jueces de nuestro siglo; ignoro si en el cúmulo de derechos que hemos conquistado se encuentra el derecho ilegislable, que pone á nuestro arbitrio la facultad suprema de fallar definitivamente en causa propia.

Es posible: la soberanía de la razón, que hace de cada hombre el juez único de sus propias acciones, no puede negarnos el derecho de ser jueces de nuestro siglo.

Es cierto que todavía pesa sobre nuestra generación la práctica rutinaria de apelar á un proceso que nosotros no instruimos, y á un tribunal que sólo nos oye como simples testigos, y que aún conserva por derecho propio el privilegio exclusivo de absolvernos ó condenarnos.

Hablo del proceso de la Historia y del tribunal de la posteridad, de cuyo juicio no se ha escapado todavía generación ninguna.

Pero medítese bien acerca de esto, y se verá qué injusticia tan notoria resulta de que hayan de ser nuestros jueces aquellos á quienes nosotros no hemos podido elegir ni podemos juzgar.

La civilización moderna no ha debido fijar todavía su luminosa mirada en este punto, y sólo así puede aún permanecer en pie el antiguo fuero de esa tenaz jurisdicción.

Apelemos, pues, del fallo que nos espera, ante el tribunal de nosotros mismos, porque la Historia nos juzgará después de muertos, y nos condenará sin oírnos.

II.

No sé por qué singular privilegio ha de adjudicarse la posteridad el derecho de llamarnos á juicio, precisamente cuando habremos cerrado los ojos para siempre á las delicias de la tierra; y nosotros, que nos burlamos del juicio final, no hemos de caer en la torpeza de acudir á la cita de un tribunal que carece de todos los requisitos legales.

¿Y á qué pena podría condenarnos?

Veámoslo:

¿A reclusión perpetua?

Estamos muertos.

¿A muerte?

No vivimos.

Nosotros somos nuestros mismos jueces.

Mas seamos ó no jueces legítimos de nuestro siglo, no podemos negar la evidencia de que no tenemos otro tiempo en que vivir, y, bien pensado, sería una crueldad que nos empeñásemos creyendo que son los peores tiempos del mundo estos en que hemos nacido, cuando es tan propio de la condición humana dar á la realidad los colores del deseo.

Y, por otra parte, ¿quién puede privarnos del placer de nuestra propia alabanza? ¿Por qué nos hemos de negar la satisfacción de unos aplausos que tan fácilmente podemos tributarnos? ¿No somos nosotros los verdaderos testigos de nuestra propia grandeza?

III.

Si se mira la prisa con que vivimos, la inquietud con que nos movemos, la precipitación con que nos empujamos, nada más fácil que incurrir en el error de creer que nos agita y nos impulsa la viva ansia de salir del día.

Corremos sin descanso detrás de una felicidad cuya imagen nos sonríe por todas partes; parece que huimos del momento en que nos encontramos, ni más ni menos que el pájaro cautivo huye de la jaula si la puerta entreabierto le deja libre el camino del espacio. Hoy, es la jaula que nos aprisiona.

na; mañana, es siempre la puerta de par en par abierta.

Mañana: ahí está, en efecto, el término improporcionable de nuestros deseos.

Mañana es el día risueño que todos buscamos. Al día de mañana hemos trasladado todos la fiesta solemne de nuestra común felicidad, como si nos estuviera prohibido ser felices en el día en que vivimos.

Y se dirá: si el día de mañana embarga las inquietas miradas de nuestros ojos con el esplendor de una brillante perspectiva, triste y oscura debe parecernos la realidad del día de hoy; porque si lo por venir es una esperanza, lo presente debe ser una desgracia.

IV.

Hay quien dice que el día de mañana es un día que no llega nunca, que está fuera de todo tiempo, que es un día imaginario, y que al señalarlo como plazo puesto al cumplimiento de nuestra dicha, sólo conseguimos descubrir la triste verdad de que los deseos del hombre no tienen medida.

Pero riámonos de ese desconsuelo humano, porque hay entre las ciencias modernas una, que, salvando los límites que separan á unos tiempos de otros, nos ha abierto con mano franca los fabulosos tesoros que se esconden en las oscuridades de la edad futura.

Paso gigantesco, por medio del que los pueblos y los individuos, adelantándose prodigiosamente á su tiempo, pueden tomar de lo venidero todo lo necesario á la majestad de lo presente.

Preciso es confesar que si la inflexible naturaleza de las cosas no nos permite poner el pie fuera de nuestra generación, ni más allá de nuestra vida, en cambio la ciencia de los hombres nos lleva hasta el punto de que podamos con toda comodidad meter la mano en el hondo bolsillo de las futuras generaciones.

He ahí sin duda por qué se escapa frecuentemente de nuestros labios este grito de triunfo:

« ¡El porvenir es nuestro! »

V.

Sea la que quiera la tenacidad incorregible de las leyes á que se halla sometida la naturaleza, el hecho es que hemos forjado la llave maestra con que se abren las puertas, siempre cerradas, de los tiempos futuros, y que, forzando el paso que abre camino hacia las generaciones que han de sucedernos, hemos penetrado en el porvenir, heredándonos á nosotros mismos, como si fuésemos nuestros legítimos sucesores.

Este es el hecho incontestable que viene á demostrarnos, con patente evidencia, que nosotros somos, por virtud especialísima de nuestra sabiduría económica, nuestra posteridad, nuestros forzo-

sos herederos, y, por lo tanto, nuestros sucesores y descendientes.

Y la cosa es de una claridad deslumbradora.

Lo que no existe no es de nadie; pero si, por un prodigio de perspicacia, de talento y de ciencia, damos realidad á lo que todavía no existe, nadie podrá negarnos el derecho legítimo á poseer lo que tan justamente nos pertenece.

Yo pregunto :

¿Á quién puede pertenecer el gran tesoro de la riqueza, si no es á nosotros á quien pertenece?

Digámoslo con resuelta franqueza :

—¿Á nuestros abuelos?

—Han muerto ya.

—¿Á nuestros nietos?

—No han nacido todavía.

Nosotros, pues, somos nuestros primogénitos.

Tal es el derecho que nos asiste, aplicado al crédito que nos enriquece.

VI.

Así tenemos que el crédito aplicado á la prosperidad pública, no es menos maravilloso, ni menos fecundo, siendo al mismo tiempo más sencillo y más palpable.

Consiste simplemente en hacer efectivo lo que es imaginario, en devorar la riqueza antes de poseerla, en traer á lo presente lo que está por venir; en una palabra: consiste en vivir antes de haber nacido.

En los libros de caja campean dos palabras técnicas que representan valores opuestos, cantidades contradictorias.

La primera de esas palabras es *Debe*.

La segunda es *Haber*.

Pues bien: cámbiese el sentido opuesto de ambas voces; tómese recíprocamente una por otra, y la cuenta será la misma, porque tan sencilla operación arrojará á nuestros ojos este balance fastuoso :

Haber.... Hay.... todo lo que se debe.

Debe.... Se debe.... todo lo que hay.

De esa manera la economía política ha puesto á nuestro alcance lo que está por venir.

De ese modo, sin poder salir de hoy, hemos logrado vivir en mañana.

Cronológicamente, nos hallamos en nuestro siglo, pero económicamente vivimos en el siglo que viene.

VII.

Fijemos bien y con toda claridad el punto que tratamos, estableciendo el orden de los factores que entran en la operación aritmética de esta cuenta.

Los siglos pasados.

Ved ahí el primer factor.

Ellos trabajaron lentamente y consumieron en su larga vida tesoros de tiempo.

¿Qué nos dejaron?

Una rica herencia.

Nosotros somos los factores indispensables.

¿Qué hacemos?

Gastar mucho, gastarlo todo.

¿Para qué?

Para legar á los siglos venideros otra herencia
suntuosa.

¿Cuál?

Nuestra opulenta deuda.

Los que nos sucedan en el orden mecánico de la
vida son los factores forzosos.

¿Qué hacen?

No se atreven á nacer por no heredarnos.

Bajo la forma de los tres tiempos elementales de
la conjugación se descubre la exactitud de todo lo
dicho.

En rigor, la cuenta es esta:

Aquellos lo ganaron.

Nosotros lo gastamos.

Los que vengan lo pagarán.

VIII.

Pero no hay en el mundo dicha completa, y
mientras no deroguemos éste hecho fatal de nues-
tro destino, no nos queda más recurso que sufrirlo.

Y bien: alguna sombra había de obscurecer el
cielo de nuestra felicidad; alguna gota de acibar
había de caer en el suntuoso vaso en que rebosan
las dulzuras de nuestra vida; alguna pena había de

oprimirnos el corazón en medio de la viva algazara
de nuestra dicha.

Y se puede decir que la dificultad nos la en-
contramos en la boca, porque, después de tanto
hablar, la lengua es precisamente la que nos des-
espera.

¡Qué fatal contraste!

Somos ricos, y nuestra lengua se empobrece.

Somos sabios, y nuestra lengua se hace in-
teligible.

Somos poderosos, y nuestra lengua pierde su
vigor y su fuerza.

Estamos á punto de tocar el bien supremo de
una felicidad completa, y he aquí nuestra única
desgracia: no nos entendemos.

Ello es que, á fuerza de ciencia y haciendo ma-
teriales de construcción de nuestros adelantos, con
los que nos ponemos en las nubes, hemos echado
los cimientos de la gran torre que ha de servirnos
para escalar definitivamente el cielo; pero antes
de llegar al último cuerpo del edificio, tropeza-
mos, no precisamente con la confusión de lenguas
de la torre de Babel, sino con la confusión de las
ideas, y resulta que, en vez de construir, hemos
destruido.

Así se enlazan los tiempos más antiguos con
los tiempos más modernos.

Digámoslo de una vez: esto es una babilonia.

IX.

Hay una época brillante en nuestra historia literaria, en que la lengua patria se ofrecía dócil y abundante, fácil y clara, sirviendo de fiel expresión á las ideas más abstractas, á los conceptos más ingeniosos, á los más tiernos afectos.

Respondía como el instrumento acordado responde á la destreza del músico, como la tierra preparada responde en frutos sazonados y en copiosas flores á la fecunda semilla que se encierra en su seno.

En aquella época, ignominia de la libertad y vilipendio del derecho, de intolerancia religiosa, de estrechez de conciencia, en una palabra, de Inquisición y de obscurantismo, tuvieron la ocurrencia de florecer Lope, Calderón, Rioja, Góngora, Quevedo, Herrera, Tirso, Alarcón, Cervantes, Santa Teresa, Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Feijóo, Saavedra.... Todo un mundo de genios, de arte, de ciencia y de virtudes.

Y esta colección interminable de hombres, adelantándose á los prodigios intelectuales de nuestro tiempo, se salieron del cauce natural del progreso humano, produciendo en la Historia un anacronismo insoportable; tuvieron á la vez el capricho de dejarse entender de todos.

Aquel pueblo ignorante, sometido al vasallaje de los reyes de derecho divino, y aquellos hombres

superiores, orgullo del género humano, se entendían perfectamente, por la triple complicidad de las ideas, de los sentimientos y del lenguaje.

La crítica histórica no explicará nunca la popularidad que alcanzaron las obras de aquellos grandes maestros en medio de un pueblo sin gas, sin dinamita, sin caminos de hierro, sin telégrafos, sin ateneos, sin casinos, sin cuerpo electoral, sin periódicos, sin Bolsa y hasta sin *Déficit*.

Explíquese cómo la luz puede ser admirada por los ciegos, ó habremos de convenir en que aquel pueblo fué digno de aquellos hombres.

Jamás se han sumado las cantidades heterogéneas; ¿cómo, pues, éstas resultan sumadas?

X.

Realmente, el genio no ha sido nunca patrimonio exclusivo de ninguna época ni de ningún pueblo; pero da la maldita casualidad de que los talentos superiores no tienen costumbre de nacer, ni en las épocas de gran ignorancia, ni en los pueblos salvajes.

La literatura es el barómetro que más fielmente señala los grados de cultura que puede alcanzar un pueblo, y la perfección y riqueza del lenguaje es, por consiguiente, la señal cierta de verdaderos adelantos. Grecia lo atestigua y Roma lo confirma.

Pues bien: si al cabo de más de dos siglos resulta que las letras españolas y la lengua caste-

llana llegaron en la época en que florecieron tantos ingenios á una altura tan superior á la que hoy alcanzan, que las obras de entonces nos sirven de enseñanza y de modelos en los tiempos presentes. ¿qué vamos á hacer de toda esta grandeza civilizadora que nos atribuimos?

Pero todavía no es eso para nosotros lo más humillante.

Calderón, Lope, Tirso, Alarcón, Argensola, Rioja, Quevedo, Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Solís, Santa Teresa, Cervantes....., todos, en fin, fueron grandes ingenios.

Perfectamente. Nosotros tenemos también algunos nombres ilustres que forman como la descendencia de aquella generación gloriosa; mas no está ahí lo raro del caso.

Fijémonos en algo más positivo, en algo más sólido que las bellezas del arte y los prodigios de la lengua.

Casi todos aquellos ingenios, honor de las ciencias y de las letras, vivieron en la estrechez de la medianía, ó en las angustias de la miseria, y murieron pobres. ¿Cómo, pues, designamos aquella época con el nombre de siglo de oro?

XI.

¡Letras!.... Si; las verdaderas letras son las letras de cambio. Siglo de oro, el nuestro. No neguemos nuestra admiración á la fecundidad de los

ingenios que han enriquecido el tesoro de las letras patrias, mas convengamos esta vez en que si viven todavía en sus nombres, es porque no tuvieron sobre qué caerse muertos.

Reconozcamos también la rara espontaneidad de sus creaciones; pero aquella vena inagotable no puede compararse con la profunda mina con cuyo recurso, hoy, el talento más insignificante improvisa lo que en nuestro lenguaje se llama una gran fortuna.

Nuestro siglo es el siglo de la filosofía, de la política y de la industria, y por medio de estos tres elementos hemos colocado el lenguaje á tal altura, que no alcanzará nunca á penetrar sus misterios la inteligencia siempre sencilla del pueblo. Hemos hecho de la lengua castellana una lengua de tal manera sabia, que la ignorancia propia de las multitudes de todos los tiempos no llegará jamás á entenderla.

Ante nuestros adelantos filosóficos, políticos é industriales, la lengua de Lope, de Santa Teresa y de Cervantes es casi una lengua muerta. Más que muerta debo decir, si atendemos al estado de corrupción en que se halla.

Hablar en castellano neto viene á ser como una exhumación inútil, porque aquella lengua es demasiado antigua, y no tiene palabras para las necesidades que nos impone la continua novedad de nuestras ideas.

¡Qué caudal de voces será bastante á sufragar

los despilfarros de la lengua en estos tiempos en que domina el vicio de la palabra!

XII.

Oigamos por un momento al oráculo de la filosofía en lo más sublime de sus lecciones, hablando ex-cátedra en las aulas de la Universidad Central. He aquí la novísima elocuencia de la novísima sabiduría.

Reconocido, pues, Yo en la conciencia y á distinción determinada del cuerpo; Yo mismo, igualmente ó espíritu sigue en orden á la consideración del cuerpo—y como lo conocemos y nos lo atribuimos—(ó como nos hallamos en el cuerpo en el medio sensible y en la naturaleza) considerar (2.^a sección de la 2.^a parte de la conciencia) el espíritu ó yo mismo, como el que resto en la distinción; que os consideramos propia y primeramente en nuestro ser y propiedades—las puras nuestras interiormente—sin necesaria atención en esto, al cuerpo, y lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio ser—ser de espíritu y conciencia—sino sólo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, comb conjunto é íntimo conmigo.»

Ahora bien: ¿dónde está el sabio que penetra en la obscuridad de ese abismo científico?

Pues bien: en el sublime desorden de esas palabras, libres de todo régimen, de toda ortografía y

de todo sentido, encontraremos una idea sin límites y una imagen sin términos.

Idea é imagen que no caben en la inteligencia humana.

Idea, la del vacío.

Imagen, la del caos.

XIII.

Yo sé que hay idiomas sin gramática, que todos hablamos y todos entendemos.

El amor, por ejemplo, no encuentra muchas veces palabras en el Diccionario de ninguna lengua para expresar los secretos pensamientos del cariño, y busca en la elocuencia de las miradas, en el insinuante calor de los suspiros, en el persuasivo encanto de las sonrisas, la comunicación íntima y completa de dos corazones.

De la misma manera, el dolor, como si no cupiese dentro de los límites de la palabra, prorrumpe en gritos arrancados del alma, desata en la boca el manantial de los sollozos, y hace caer de los ojos afligidos torrentes de lágrimas.

Ved al niño que sonríe en el regazo de su madre: sus labios no han aprendido aún á pronunciar palabra alguna; pero su alma está toda en la expresión angelical de su rostro; todavía no ha tenido por qué ocultarla, y la deja ver en la viva inquietud de sus ojos, en la dulce movilidad de su boca, en

la agitación de sus pequeñas manos, en la pureza de su risueña frente.

¡Cosa extraña!: no sabe hablar, y todo lo dice.

La madre, inclinada sobre aquel rostro que alternativamente ríe y llora, no pierde—permítaseme decirlo así—ni una palabra, ni una sílaba de tan misterioso idioma.

Este es el lenguaje de la naturaleza; así hablan los sentimientos.

Ha llegado, pues, el caso en que es más instructivo hablar con un niño que con un filósofo.

XIV.

También la política de los tiempos presentes tiene su idioma particular. En la misma palabra, cuyo sentido contiene los principios que se profesan, el sistema que se ha establecido y las costumbres que se han formado, encontrará el investigador curioso la confusión que reina en el sentido de las palabras entre el lenguaje público y el lenguaje de los que todavía se permiten hablar en castellano.

Política, según el Diccionario de la lengua, es el arte de gobernar á los hombres, dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas, y conservar el orden y las buenas costumbres.

Es posible que la definición no sea completa; mas dentro de sus términos se halla la base de lo

que debemos entender por política. Descended ahora del sentido propio de la palabra á la realidad del sentido práctico, y os encontraréis entre la autoridad respetable del Diccionario y la autoridad invencible de los hechos, y tendréis que volver del revés la definición para entenderla de este modo:

Política. Arte de trastornar los pueblos, destruir leyes y reglamentos para mantener la intranquilidad é inseguridad públicas, y conservar el desorden y las malas costumbres.

Aquí, en rigor, no hay más que una cuestión de transporte.

El viaje no es corto, si hemos de seguir el camino que conduce á la perfección de nuestras instituciones políticas, y para aligerarnos de peso nos hemos echado la lengua á la espalda.

XV.

Otra significación tiene la palabra *política*, que, comparada con el sentido que los hechos le designan, resulta una contradicción curiosa, muy digna de notarse.

Político llamamos al hombre cortés, urbano, culto, de buenas maneras, atento, tratable, fino, obsequioso.

Político llamamos, á la vez, al hombre agresivo, descortés, intolerante, intransigente, que toma su

descontento por opinión, y hace de las desdichas particulares de su vida la primera y más grande desdicha de la patria.

Fijemos con claridad la situación propia de uno y otro caso.

¹ En una sociedad de personas bien educadas, todo es mutua consideración, mutuos respetos, mutuas atenciones. Cada uno cuida con particular esmero de no ser molesto á lo demás, ni en palabras, ni en juicios, ni en acciones.

² En una sociedad compuesta de hombres políticos, todo suele acabar en recriminaciones, reticencias, improperios, ofensas, furors y tempestades. Cada uno cuida muy particularmente de levantar la importancia de su persona sobre el vilipendio de los demás.

Se ha dicho que, una vez descubierto el poder de las mayorías, sólo quedaba en el mundo una cuestión insoluble, á saber: dos españoles delante de una puerta abierta. Sin embargo, este honor concedido á nuestra cortesía, fracasa. Dos españoles delante de la puerta del poder resolverán la cuestión inmediatamente devorándose vivos.

Colocad una silla entre dos personas bien educadas, y se disputarán mutuamente la atención de cederla uno á otro. Colocad un sillón ministerial

¹ Frecuéntese el trato de la buena sociedad en los salones particulares.

² Asístase á cualquiera sesión algo animada de los cuerpos de legisladores.

entre dos hombres políticos, y se infamarán por poseerlo.

Mi pensamiento es este:

No hay, políticamente hablando, nada más intratable que un hombre político.

XVI.

Política es, por una parte, la forma exterior, que hace fácil, corriente y agradable el trato mutuo de las gentes; que acerca entre sí los caracteres más opuestos; que dulcifica los sentimientos y apacigua las prevenciones; que, en fin, á todos nos obliga á guardarnos recíprocamente las consideraciones y los respetos que mutuamente nos debemos.

Política, por otra parte, es la lucha pública de las ambiciones, el choque continuo de las vanidades, la envidia en unos, la codicia en otros, la soberbia en muchos y el amor propio en todos: elemento constante de discordias, que alimenta los odios, enciende los rencores, promueve las persecuciones y engendra los disturbios; foco permanente de enemistades, que aleja unos de otros á los hombres que más debieran unirse, y excita la animadversión entre aquellos hombres superiores que más debieran estimarse; que, en una palabra, rompe los vínculos más estrechos de la amistad, del afecto y de la familia.

Más de una vez la política ha tenido que cerrar

la puerta á la política, para que la cortesía establecida en el trato de las gentes bien educadas no se viese sustituida por las asperezas del lenguaje que se usa en las contiendas públicas.

Y véase de qué manera, y por qué rara combinación de las cosas, ese gran elemento, encargado hoy de realizar en el mundo la paz universal, es dentro de los Estados la guerra permanente, la lucha continua entre los hombres, y la discordia frecuente entre las familias.

El absurdo que resulta, de cualquier modo que se mire, es este:

Para ser político, hay que dejar de serlo.

XVII.

Maravilloso es ciertamente el artificio con que el hombre, robando á la naturaleza el poder de su más misterioso agente, ha puesto en rápida comunicación á los pueblos más distantes, y en continuas y estrechas conversaciones de intereses y de sucesos á los hombres de todos los puntos del globo, convirtiendo el mundo en una casa de vecindad.

Esta lengua incansable, que lleva nuestras palabras con la viveza del relámpago al través de las mayores distancias, tiene por agente el fugitivo impulso de la chispa eléctrica, y por medio la fragilidad de un alambre.

No se puede comparar sin admiración la sencillez de los medios con la grandeza del resultado

Una chispa, esto es, lo menos posible, la parte más insignificante en que puede dividirse la unidad, el diminutivo con que designamos la última realidad de las cosas. Un alambre, esto es, nada, casi nada, un hilo ..., un hilo metálico.

Y vea V. qué raro capricho de las cosas: tan grandioso descubrimiento, tan prodigiosa idea llevada á término por tan sencillos medios, se encuentra indefenso, á merced de la inconstancia del aire, y basta un soplo para destruirlo.

¡Tan grande y al mismo tiempo tan débil! ¡Tan poderoso y al mismo tiempo tan frágil!

La chispa eléctrica robada á la tempestad permanece sujeta al alambre mientras la tempestad misma no se lanza sobre el ingenioso artificio, y lo aísla, lo anula ó lo destruye.

Parece que la naturaleza, al recobrar sus derechos, se burla del hombre, apropiándose lo suyo.

XVIII.

Mas ello es que, mientras una corriente de agua no lo interrumpe, ó una bocanada de viento no lo derriba, ó una tempestad no lo aniquila, el telégrafo trepa por las montañas, descende á los valles, corre por las llanuras, salta los ríos, se hunde en el abismo de los mares, y, de continente en continente, de región en región, de pueblo en pueblo, lleva á las más apartadas comarcas la pronta noticia de lo que acaba de suceder, muchas veces de lo

que está sucediendo, y alguna vez de lo que aún no ha sucedido.

Verdadero prodigio de la industria humana, que excede á toda admiración, y que, reconociendo nuestro legítimo derecho al dominio de la tierra, nos da tan completa posesión de ella, que nos facilita la manera de que podamos estar á la vez en todas partes.

Bien podemos decir: «El mundo es nuestro».

El telégrafo es la lengua universal de la civilización que alcanzamos; es la fórmula de su pensamiento, su verbo; es el oráculo de la sociedad presente.

Y bien. ¿Qué dice el oráculo?

Oído: Guerras en América, guerras en África, guerras en Asia, nuevas guerras en Europa, trastornos en la naturaleza, rebelión en los pueblos, quiebras, defraudaciones, naufragios, descarrilamientos, suicidios, crímenes hasta ahora inauditos, incendios...

Descubramos aquí, en el seno de la confianza y en la intimidad de la familia, hasta lo más oculto de nuestro pensamiento.

Digámoslo, aunque sea en voz baja:

El oráculo de la sociedad presente habla todos los días con la voz de todos los desastres.

XIX.

¿Y qué idioma habla?

El más propio.

Con nada se expresa más propiamente el trastorno de las ideas y el tumulto de los sucesos que por medio del desorden de las palabras.

El oráculo hace resonar el timbre misterioso de su acento metálico; la rueda comienza á girar sobre su eje, movida por mano invisible, y la cinta corre, arrastrada por el movimiento de la rueda: el prodigio anuncia que va á empezar sus revelaciones.

Ved cómo las palabras saltan del aparato sin orden ni concierto, sin trabazón alguna; las partes de la oración, libres de los vínculos que las unen entre sí, flotan en el movimiento de la cinta como los restos de un naufragio sobre la agitación de las olas, y las oraciones, bruscamente mutiladas, salen del impasible mecanismo desfallecidas, sin color ni fuerza, sin vida, sin sentido, como si se escaparan del suplicio de un terrible tormento.

El monstruo habla siempre un lenguaje monstruoso, sea el que quiera el idioma en que hable; destroza los conceptos, mutila las frases, despedaza los vocablos, movido, si puede decirse así, por una sobriedad insaciable, y parece que para vivir necesita alimentarse de la substancia que anima á todas las lenguas cultas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hay que interpretarlo para traducirlo, y hay que traducirlo para entenderlo.

Digámoslo de una vez.

El elemento más prodigioso de nuestra civilización habla como un salvaje.

XX.

Con perfecta claridad se ve retratada en el espejo del idioma que se habla la verdadera fisonomía de la sociedad en que se vive, porque en ninguna parte se dibuja más fielmente la imagen moral de un pueblo que en la lengua en que expresa sus ideas y sus afectos.

La historia relata los hechos, la literatura ensalza á los héroes y perpetúa las hazañas en la memoria de los hombres; pero el estudio de las lenguas nos descubre mucho mejor la inteligencia, la civilización y el genio de las sociedades y los pueblos.

En ellas, digámoslo así, palpitan el carácter, los sentimientos y las costumbres; parece que al comprenderlas se oye la voz remota de los pueblos que las han hablado, y vienen á ser como los ecos que en pos de sí dejan las generaciones que pasan.

Se habla como se siente y como se piensa: una lengua varonil no puede pertenecer á un pueblo afeinado; la lengua no puede ser sabia en un pueblo ignorante, ni puede ser culta en un pueblo salvaje.

De la misma manera las lenguas se postran cuando las sociedades desfallecen; una lengua que se corrompe, es siempre indicio seguro de una sociedad corrompida.

En resumen:

Primero. El racionalismo es siempre el bajo imperio de la razón.

Segundo. La baja latinidad pertenecerá siempre al bajo imperio.

